

Hijos de la radiación

JOE DUNTHORNE

Traducción de Íñigo F. Lomana

gatopardo ediciones 

Título original: *Children of Radium: A Buried Inheritance*

Copyright © Joe Dunthorne, 2025

© de la traducción: Íñigo F. Lomana, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: agosto de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: fotografía de A. Ligouri, 4 de enero de 1918

Imagen de solapa: © Tom Medwell

ISBN: 979-13-991088-6-6

Depósito legal: B 8348-2026

Impresión: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro es para mi madre

¿Es visible lo invisible?

Entrevista con Wilhelm Röntgen
después de que inventase los rayos X
en noviembre de 1895

radio
aktiv

Doramad
Radioaktive Zahncreme

*erzeugt
im Munde
natürliche Frische!*

AUER

AUERGESELLSCHAFT A.G. BERLIN N 65

I

UN RESPLANDOR ETERNO

De pequeña, mi abuela se cepillaba los dientes con pasta radiactiva. El principio activo era el carbonato de calcio irradiado, y mi bisabuelo era el responsable de producirla. Antes de que se pusiera a la venta, ya había llevado varios tubos a casa para que los probase la familia. Con el nombre comercial de Doramad, el dentífrico prometía «unas encías rebosantes de vida» y una sonrisa «cegada e inmaculada». El apartamento en el que vivían se encontraba tan cerca de la fábrica que mi abuela se dormía con el chirrido del autoclave de fondo. En 1935, cuando se vieron obligados a huir de Alemania, guardaron varios tubos de pasta en la maleta y fueron emitiendo alegremente partículas alfa a medida que se desplazaban miles de kilómetros en dirección este. Durante la guerra, mi abuela descubrió que la pasta de dientes en cuya invención había participado su padre, de origen judío, era la preferida del Ejército alemán. Una filial situada en la Checoslovaquia ocupada dio a las tropas nazis que se abrían paso por Europa Oriental la oportunidad de seguir matando, torturando y reduciendo pueblos enteros a cenizas con una dentadura radiante.

Pero no crean que todo esto me lo reveló mi abuela. Lo que sabía de ella era de oídas, un montón de anécdotas que me habían contado ya mil veces. Cuando me casé, mi madre me regaló una alianza y me dijo que la «habían sacado de la Alemania nazi» en 1935. Eché un vistazo a aquel heliotropo ovalado, con tantas vetas rojizas que parecía casi negro, y me imaginé la huida de mi familia con esa claridad que siempre experimentan los que no se han molestado en realizar la menor investigación. Fue mi tío quien me dio el anuncio de Doramad, en el que se ve a una chica rubia, con una sonrisa de oreja a oreja, iluminada por un resplandor interior. Lo coloqué encima de la mesa y empecé a escribir sobre la infancia de mi abuela. El proyecto iba bien encaminado hasta que la persona sobre cuya vida versaba decidió intervenir.

Intenté entrevistarla en su casa de Edimburgo. Ocurrió hace más de diez años. Se sentó en una butaca baja, con un jersey de lana holgado que le daba aspecto de chiflada, y enseguida me dejó claro que no me había documentado lo suficiente. Ni una sola de las preguntas que planteé le pareció oportuna, y recuerdo cómo sus bostezos fueron volviéndose cada vez más ostensibles hasta que terminó soltándome: «Pero vamos a ver, ¿por qué no te lees un libro para informarte de lo que pasó?». Volví a intentarlo unos meses más tarde y le expliqué que ya *había* leído un libro: un relato minucioso y multipremiado sobre la persecución que había sufrido una familia judía acomodada y su posterior éxodo de Odesa a Viena, y de allí a París, contado a través de varias generaciones; una obra maestra del género y un modelo para abordar la biografía de mi abuela que ella también había leído y al parecer detestaba. Me lo devolvió al instante y dijo: «No se parece en nada». ¿A qué se parecía entonces? No me atreví a preguntárselo otra vez.

Yo seguía imaginando que un día, ya en el ocaso de su vida, mi abuela me cogería de la mano y empezaría a hablar, que se desahogaría, que iría desmenuzando una década tras otra... y que esa sería la señal para que yo sacara mi libreta. Lo que llegó, en cambio, fue la lenta carcoma de la demencia y, con ella, la depresión. Siempre había sido divertida y algo deslenguada, de una sinceridad que la gente pasaba por alto, incluso cuando resultaba ofensiva, porque la mayoría de las veces ella misma acababa partiéndose de la risa. Pero luego dejó de reírse y los enfermeros empezaron a desfilar por su casa al ritmo de uno a la semana; a muchos conseguía hacerlos llorar en la primera visita. Su acento germano-escocés imprimía a sus pullas una crueldad inusual, que en ocasiones volcaba sobre sí misma. «Algunas personas son asquerosamente educadas —me dijo un día mientras la paseaba en silla de ruedas por el parque— y otros, entre los que me incluyo, somos simplemente asquerosos.»

Falleció en 2017, a los noventa y dos años. En el panegírico que ofrecimos en su honor durante el funeral, mi hermana y yo intentamos recrear su característica forma de expresarse: ese batiburrillo dialectal de escocés y bávaro con algunos chispazos de turco. Aunque todos los amigos y familiares con quienes nos habíamos puesto en contacto coincidieron en que había dicho cosas inolvidables, ninguno de ellos pudo recordar una sola; aparte, claro está, de un montón de insultos demasiado groseros para pronunciarse en una ceremonia de ese tipo. Nos quedamos con la sensación de que solo habíamos conseguido revelar lo mucho que desconocíamos de ella. Y eso ya era, en cierta manera, elocuente. Notábamos su presencia a través de la ausencia.

No me atreví a entrar en el que había sido su cuarto hasta dos años después de que falleciese, durante una reu-

nión familiar. Ojalá pudiera decir que me puse a curiosear para sentirme más cerca de ella, pero lo contrario se acerca seguramente mucho más a la verdad. Ahora que estaba muerta y no tenía manera de contestarme, por fin me veía capaz de formular más preguntas sobre su vida. Sabía que en algún lugar de esa habitación se guardaba un conjunto de documentos al que algunos llamaban «el archivo familiar». Yo tenía en mi cabeza la imagen de un fajo de cartas arrugadas oculto bajo un tablón del suelo, pero me encontré con un cajón perfectamente identificado con una etiqueta en la que podía leerse: «Archivo familiar». En el interior, forrado con un papel de color naranja un tanto desvaído, había condecoraciones de guerra, las memorias inéditas de mi bisabuelo, un archivador lleno de cartas con una letra tan inclinada que parecía horizontal, las grabaciones de varias entrevistas a mi abuela, una embarazosa carpeta con los poemas que yo mismo le había hecho llegar solemnemente cuando era un adolescente y una «receta» para confeccionar pasta de dientes radiactiva escrita a mano y fechada en 1925, cuando ella tenía apenas un año y acababan de empezar a salirle los dientes.

Esparcí los documentos encima de la cama y casi pude notar cómo la desaprobación de mi abuela emanaba hasta de las paredes. Sabía perfectamente que yo era el único de mis primos y hermanos al que no se había llevado a Alemania en ninguno de los múltiples viajes que hizo como invitada de honor del Ayuntamiento de Berlín. A su regreso, mis dos hermanas habían hablado largo y tendido de unas estancias cargadas de emotividad, del recibimiento cálido pero respetuoso que les habían brindado las autoridades municipales, de los guías bilingües, dotados de una gran sensibilidad histórica, que las llevaban de un lado para otro. Y también de los hoteles de lujo, del bufé

libre para el desayuno y de los mostradores repletos de comida que rodeaban el comedor. Tampoco es que yo fuese el único que andaba detrás de una historia. Mi hermana mayor había realizado algunos bocetos para una novela gráfica y mi primo Charlie, que era cineasta, había seguido a mi abuela por toda la ciudad con una cámara digital y un micrófono. Daba la impresión de que me tenía ojeriza.

Cogí el manuscrito más voluminoso, *Las memorias de Siegfried Merzbacher* —el padre de mi abuela—, que según se decía era el texto fundacional de nuestra historia familiar. En la fotografía en blanco y negro de la cubierta podía verse al químico responsable del dentífrico Doramad jovial y despreocupado, con un buen montón de papeles bajo el brazo y unas prominentes bolsas en los ojos. Mi madre y sus hermanas no tenían más que recuerdos felices de su abuelo, a quien solían describir como un hombre cariñoso, entrañable, «abuelesco» y «más bueno que el pan». Eché un vistazo a aquella montaña de folios inédita e impublicable, cuya fama entre mis parientes se debía en buena medida a que ninguno de ellos había conseguido acabarla. Hasta mi padre —un historiador especializado en el Imperio holandés del siglo xvii y uno de los lectores más voraces que conozco— pensaba que era un «tostón» y reconocía que solo la había hojeado. Y eso que aquella era la traducción inglesa, increíblemente abreviada: quinientas diecinueve páginas de letra apretada. Ninguna persona con vida había conseguido echar un ojo a las dos mil páginas mecanografiadas del original alemán.

Al parecer, Siegfried había dedicado los últimos diez años de su vida a trabajar en esas memorias, aporreando la máquina de escribir mientras fumaba miles de cigarrillos sin filtro. Y seguía añadiendo notas al pie —aclaraciones sobre el trabajo científico que había realizado con in-

finidad de agentes carcinogénicos— al morir, como cabía esperar, de cáncer. El fallecimiento tuvo lugar en 1971. La ingente montaña de papeles pasó los siguientes cuarenta años acumulando polvo en un cajón del despacho de su hijo Eugen, lo que provocó un leve sentimiento de culpa entre mis familiares, todos los cuales eran conscientes de que debían prestarle más atención. Cuando tenía ya más de noventa años y vivía en una residencia, Eugen se decidió a resumir y traducir las memorias de su padre al inglés para que una nueva generación de descendientes angloparlantes tuviera también la oportunidad de fustigarse por no leerlas. Después de trabajar cada día durante dos años en la traducción, se acercó en coche a una copistería para imprimirla y al cabo de una semana murió. Así pues, aquel documento encuadernado en espiral era —como bien comprendí mientras lo sostenía entre las manos— el fruto de medio siglo de desvelos, el proyecto que dos generaciones de mi familia habían abrazado en su vejez. Y esa fue probablemente la razón que me llevó a dejarlo de inmediato sobre la cama.

Preferí empezar, en cambio, por las entrevistas que había concedido mi abuela. Había cuatro horas de conversaciones con el Centro Ana Frank, un breve documental de la BBC sobre judíos alemanes que vivían en Escocia, cortes de un proyecto titulado *Las voces del refugiado* y una grabación inédita. Las entrevistas nunca le hicieron demasiada gracia, pero en esta última parecía especialmente molesta. Todas las preguntas del entrevistador giraban en torno a dos años concretos, y no era difícil figurarse por qué: 1935, el año en que la familia de mi abuela huyó a Turquía, dejando atrás la mayoría de sus pertenencias y con todos sus ahorros inmovilizados en el banco, y 1936, cuando urdieron un plan para regresar a Berlín y, aprove-

chando la distracción de las Olimpiadas, desvalijaron su propia casa.

Mi abuela tenía entonces doce años. Había banderines flanqueando las calles, los adoquines estaban limpios como una patena y hasta las parcelas en construcción se habían decorado con unas guirnaldas cuyas hojas de roble parecían haber sido tratadas con algún producto químico para que conservaran su verdor durante la quincena olímpica. Goebbels definió los juegos como un «festival de la alegría y la paz». La prensa informó de que los mosquitos de la villa olímpica habían sido exterminados y de que unas doscientas cigüeñas habían anidado en el lago. Berlín tenía una sonrisa tan forzada que casi podías oír cómo le rechinaban los dientes.

A diario, los padres de mi abuela sacaban del banco el máximo de dinero permitido por ley, pero sabían que acabarían confiscándoselo en la frontera y decidieron derrocharlo a manos llenas. A mi abuela le compraron un violín en los grandes almacenes Wertheim y a su hermano una cámara Leica que a partir de entonces llevó siempre colgada al cuello. Aunque no tenía más de quince años, Eugen ya hacía gala de unas opiniones bastante sofisticadas sobre el café y el tabaco. Al bajar por la avenida Kurfürstendamm, oyeron unos gritos procedentes de los árboles. Los altavoces, ocultos entre las ramas, transmitían las últimas noticias desde el estadio. «¡Atención! ¡Atención! Alemania consigue el oro en la categoría femenina de lanzamiento de jabalina...»

Mi bisabuelo los llevó en coche a su antiguo apartamento de Oranienburg, un pequeño municipio a las afueras de Berlín. Era químico, tenía cincuenta y tres años y fumaba tanto que el extremo izquierdo del bigote se le había teñido de un color parecido al del óxido. Respiraron

tranquilos al comprobar que no habían cambiado la cerradura y subieron las escaleras sigilosamente, evitando golpear la barandilla y alertar a los vecinos. Mi abuela se encaramó al desván y fue dándoles a los demás montones de fotos, cartas, joyas y una bandeja llena de monedas antiguas. Bajaron los objetos por las escaleras en completo silencio y al pasar por el segundo piso se fijaron en que un ojo los miraba a través de una rendija, pero consiguieron llegar donde tenían aparcado el coche.

Desde el asiento trasero, mi abuela observó cómo su padre atravesaba el centro de Berlín en dirección sur, cómo iban dejando atrás los tranvías de color amarillo chillón, a los fanáticos del deporte con las banderas a la espalda y las hileras de enormes estandartes con esvásticas que conducían hasta el estadio olímpico y daban a toda la calle un color rojizo, como si fuese el interior de una garganta. Al ver el recinto, mi bisabuelo empezó de pronto a conducir con más prudencia, a tomar las curvas con infinito cuidado, y aún tendrían que pasar muchas horas hasta que él, su familia y una maleta inusualmente pesada cruzasen la frontera de Checoslovaquia.

Así es al menos como yo imaginaba el episodio después de haber escuchado los relatos de mi familia y de haberles añadido algunas pinceladas de cosecha propia. Pero ahora tenía la oportunidad de oír al entrevistador presionando a mi abuela para que le ofreciese más detalles. ¿Se había sentido en algún momento en peligro o asustada? ¿Presenciaron o fueron víctimas de algún acto de antisemitismo? ¿Podía ser un poco más precisa? Ella captó el tono de quien pretende ahondar en un trauma y su voz se volvió más firme, pero el periodista continuó insistiendo. Al final accedió a facilitarle más detalles, aunque no los que yo esperaba.

Según contó, se habían desplazado hasta Alemania en el *Orient Express* y habían vuelto a cogerlo para salir de allí: «Dos días enteros, con sus dos noches, comiendo». Esa fue la primera vez que los hechos contradecían mi versión de los acontecimientos. La mayoría de sus pertenencias —añadió mi abuela— habían viajado con ellos a Turquía en 1935, entre ellas un enorme piano Bechstein, y los demás enseres fueron depositados en un almacén berlinés. La familia se quedó cinco semanas durante su regreso a la capital alemana aquel verano olímpico, sobre todo para poder pasar algo de tiempo con la familia. Los niños recibieron clases de francés y su profesor les ofrecía *pretzels* todos los días nada más abrir la puerta. No hubo ningún asalto a su casa, ningún coche en la puerta, ninguna huida precipitada hacia la frontera. Ni siquiera está claro que fuesen a su antiguo apartamento. Es cierto que tenían las cuentas bloqueadas y que compraron una cámara de fotos y un violín, pero poco más. Por la descripción que hizo mi abuela, su estancia en Berlín debió de parecerse bastante a unas vacaciones estivales. Cuando el entrevistador anunció por fin que ya no tenía más preguntas, ella arrastró la silla y respondió: «Gracias a Dios».

La experiencia de escuchar esa entrevista, ya de por sí incómoda, me resultó si cabe más desagradable porque daba la casualidad de que el entrevistador era yo. Se trataba de la conversación que había mantenido con mi abuela en el año 2012, aquella en la que me recomendaba leer un libro para estar mejor informado. Aunque la tenía grabada, por razones más que comprensibles jamás había llegado a reproducirla. La grabación empezaba con mi abuela en mitad de una frase y yo trasteando con el magnetofón. «Perdona —la interrumpí—, no me había dado cuenta de que esto ya estaba en marcha. ¿Quién...,

quién..., quién dices que se suicidó?» Y a continuación seguía una clase magistral de incompetencia; una entrevista tan bochornosa que incluso ahora tenía que parar al cabo de unos pocos segundos para respirar hondo. Las razones por las que había descartado escribir sobre mi abuela resultaban evidentes. Lo que costaba más comprender era cómo me las ingenié para olvidar casi todo lo que me había contado y cómo acabé recuperando la versión de los hechos que más me apetecía creer.

Fue entonces cuando decidí leer las memorias de mi bisabuelo, con la esperanza de encontrar un relato valioso y fidedigno que reemplazase mis reconfortantes fantasías. A lo largo de toda esa semana —mientras mis sobrinos correteaban y daban berridos en el pasillo— fui avanzando lenta y cansinamente por el libro. Había unas cien páginas dedicadas a la historia antigua de la familia, que se remontaba hasta la figura de Jizhak Merzbacher: un comerciante de ganado del siglo XVIII oriundo del noreste de Baviera. El siguiente centenar de páginas trataba de la desdichada infancia que Siegfried y las hermanas de este habían pasado en Múnich, de la niñera en quien sus padres —que eran judíos ortodoxos— delegaron para que los cuidara y del móvil perpetuo que el pequeño intentó construir con un poco de papel, una cuerda, algo de pegamento y varias canicas. Luego venía una detallada crónica de los estudios universitarios que mi bisabuelo emprendió, de su incipiente carrera académica y de la infinidad de descubrimientos científicos decisivos que estuvo a punto de lograr pero nunca realizó: el nailon, la clorofila, las lagunas en la tabla periódica que no consiguió subsanar... A pesar de haberse formado con los científicos más brillantes de la edad de oro de la ciencia alemana —pues cada página era un impresionante trasiego de pre-

mios Nobel—, acabó elaborando analgésicos en una granja reconvertida en laboratorio.

Después de cuatrocientas páginas, aún no había conseguido pasar del momento en que mi abuela fue concebida. Por aquel entonces, su padre tenía cuarenta años y por fin había conseguido un trabajo del que se sentía orgulloso: era empleado de la Auergesellschaft, la célebre compañía berlinesa cuyas farolas radiactivas otorgaban a la capital alemana su característico resplandor. La lámpara Auerlicht duraba más y ofrecía una luz más clara porque sus camisas incandescentes estaban impregnadas de torio. En la década de 1920, los jefes de mi bisabuelo decidieron ampliar la oferta de productos radiactivos para sacar partido al entusiasmo público que despertaban. Otras empresas llevaban ya algún tiempo produciendo cremas faciales o tónicos capilares radiactivos, y existía una bebida energética llamada Radithor, hecha con agua destilada, radio-226 y radio-228, que se anunciaba como una fuente «inagotable de vitalidad». Hasta la comercialización de productos que no eran ni remotamente radiactivos —como la lencería confeccionada con seda de radio— giraba en torno a la idea de que este metal constituía una cura milagrosa y tenía unos poderes casi mágicos. Poco parecía importar que los pioneros de la radiología —después de trabajar durante años en contacto con una enorme variedad de radioisótopos— estuviesen cayendo como moscas a causa de sus investigaciones.

A Siegfried se le encomendó la tarea de crear un dentífrico y se puso de inmediato manos a la obra. Cuando le salió un flemón, supo ver la oportunidad que se le presentaba y dejó que un compañero le inyectase radio-228 y actinio-228 en la encía superior. Volvió a casa con toda la boca inflamada y rabiando de dolor, pero al cabo de dos

días el flemón reventó y la infección desapareció. Después de haber comprobado en sus propias carnes los efectos curativos de la radiación, decidió llevar a casa unas muestras de Doramad para su mujer embarazada y su hijo. La primera experiencia de mi abuela con el calcio irradiado se produjo a través del líquido amniótico. La «niña que siempre habían deseado» nació sana y feliz el 14 de abril de 1924. La llamaron Dorothea.

Yo no paraba de fijarme en los números de página, tratando de averiguar cómo iba a arreglárselas Siegfried para ofrecer un relato satisfactorio y pormenorizado de su infancia, de la caída de Alemania en las garras del totalitarismo, de su experiencia criando a una familia judía durante el Tercer Reich, de su huida a Turquía, de las Olimpiadas de 1936 y, por supuesto, de la guerra. Pero al llegar al último capítulo, comprendí que mi bisabuelo también estaba invitándome a buscar más información sobre aquel periodo en otro libro. No había una sola mención de su salida de Alemania ni de su regreso, ya hubiesen sido estos heroicos o no. Siegfried se las ingeniaba para contar siempre lo mínimo posible sobre la persecución que habían sufrido y, cada vez que se refería a ella, uno de sus recursos favoritos consistía en culminar cualquier episodio doloroso con el reconfortante recuerdo de unas vacaciones. Inmediatamente después de narrar un viaje a Berlín en 1933 —durante el que no fue lo «bastante valiente» para alzar la voz cuando un tipo uniformado expulsó del vagón a un caballero discreto y cortés «de aspecto judío»—, retrocede cuatro décadas y revive el periplo que hizo junto a su familia en 1893, con apenas diez años, por la costa belga de Blankenberge, donde contempló por primera vez «la infinita vastedad» del mar. Si hubiese que sintetizar su enfoque en una sola frase, sin duda sería esta: «Y, después de

tratar un asunto tan espinoso, permítanme que regrese a las vacaciones de mi infancia».

Hasta el mismísimo final del manuscrito no reparé en cuál era la razón de que mi bisabuelo hubiese pasado tantas páginas remoloneando: si hubiera redactado una crónica de su vida durante el régimen nazi, también tendría que haber escrito sobre sus nuevos compañeros de trabajo a partir de 1933. En cierto sentido, las memorias resultaron ser una interminable confesión. O, para ser más precisos, quinientas seis páginas de carraspeos seguidas de trece en las que se decían las cosas a las claras. Siegfried acababa el libro reconociendo que había traicionado sus «principios más sagrados» y que nunca logró expiar la culpa.

Fue entonces cuando comprendí que la vida de mi abuela no sería el tema principal del que escribiría. Y estoy seguro de que eso, al menos, la habría alegrado.